

Un Mar de Amor *«en salida»*



Guía para Contemplar el Nacimiento





Un Mar de Amor «en salida»

LA Navidad comenzó en el Corazón de Dios. Nuestro belén parroquial, también. Antes de acercarte a verlo, *imagina ahora esta escena*: Dios contempla toda la redondez de nuestro mundo actual, con hombres, mujeres y niños viviendo situaciones diferentes: unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo. Y viendo infelices a muchos, *decide hacerse hombre para ofrecerles su salvación*. Y envía al ángel San Gabriel «a una ciudad de Galilea,



Nazaret, a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María». (Lc 1, 26-27)

ESTA actuación divina la simboliza el mar en el belén. Porque *Dios es un mar de Amor “en salida”*. Tan inmenso como es el mar que inunda nuestro nacimiento. Su Amor es un espacio abierto,



que *abre anchura y dilata el horizonte* a nuestra persona. Como las olas, se acerca una y otra vez a nuestra orilla para *empapar con su ternura nuestra vida*. Se ofrece y se retira ensanchando

nuestra libertad, calando su Amor en ella, como se filtra el agua en



la arena. Y nos invita a ser sanados y librados de la corrupción, con la sal de su Salvación.

CADA Navidad, ese Mar de Amor “en salida” es el Niño Jesús, el “Emmanuel”: *«Con nosotros, Dios»*. Él es el que se nos acerca como Redentor. En el pueblo de Israel, el redentor era el familiar que, por consanguineidad, asumía el compromiso de rescatar a su pariente. *Somos redimidos porque somos familia de Dios, y Él, como Padre, se compromete en rescatar*

nuestro corazón, si acogemos el don de ser sus hijos.

Y ahora, suelta amarras y zarpa mar adentro por el nacimiento. *Te guía el Faro de Belén.*

Acércate al Ángel Gabriel enviado a *María* y, en sueños, a *José*; y surca la travesía de la Salvación, escena a escena, hasta atracar en el portal junto al *Niño*. Así, juntos, con la sal de su Salvación, podremos *salar nuestro mundo*, hoy en

apariencia estéril por tantas oscuridades, pero fecundado de *esperanza* por su voluntad de *redención*.



☞ ¡Buena proa en tu singladura
esta *Pascua de Navidad!* ☞





Varados en la Playa del Ángel

SI encallas la proa de tu embarcación en la arena y dejas tu barca varada de la Playa del Ángel, podrás contemplar **dos escenas anudadas por el mismo cabo trenzado por Dios**. Verás como Él amarra la vida de María y de José, pero de forma diferente a como la imaginaron. Y guardando cierta distancia, para no entorpecer estos momentos divinos, oteamos primero con nuestro catalejo lo que acontece a las puertas de la casa de la joven de Nazaret.

A través del ángel Gabriel —que da nombre a nuestra playa—, Dios mismo desembarca en la vida de María y sale ahora a su encuentro. «*Llena de gracia*» la llama para reconocer que **ella, una sencilla joven de Nazaret, siempre ha vivido en armonía sin mancha con Dios**, desde que empezó a existir, concebida en el vientre de Ana, su madre. Ella es el modelo de nuestra vocación a la plenitud de vida como hombres y mujeres. Así nos soñó Dios a cada uno de nosotros desde que el ser humano puebla la tierra firme.



Sin embargo, el pecado de nuestro deseo de endiosarnos, cada vez que hacemos girar todo en torno a nuestra persona, rompe la amistad con Dios y causa miedo, esclavitud y soledad amarga en nosotros, al no estar ya en armonía con Él. Un endiosamiento que trastoca la relación de concordia y de ayuda recíproca con los demás, y la tiñe de enfado, sospecha, oposición y muchas veces de muerte. Y también deteriora la relación con la Creación, afectada por el mal que causamos haciéndola trizas poco a poco. Así naufraga en el oleaje de nuestro egoísmo cualquier posibilidad de vida abundante, presente, desde el Génesis, en el sueño divino.



Pero enfoquemos de nuevo nuestro catalejo en la visita de Gabriel a María para descubrir «¡tierra firme a la vista!»; porque **Dios no ha dejado nunca que naveguemos a la deriva hasta zozobrar y hundirnos**. «*El Señor está contigo*», prosigue su saludo a la joven. Y esto lo sabe bien María, por pertenecer al pueblo de Israel, con el que siempre ha estado Yahvé, y por el tesoro que guarda su corazón: desde que tiene conocimiento ha sentido su presencia a su lado y se ha mantenido unida a Él. Las palabras de Gabriel confirman lo que su fe ha barruntado siempre: con nosotros está Dios.

Y entonces, María se admira ante este don inmenso de gratuidad divina que, como criatura, siente desproporcionado: «*Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. (...) será llamado Hijo del Altísimo*» (Lc 1, 30). La joven muestra su asombro. Se pregunta y pregunta: «*¿Que Dios necesita de mí?*». María entra en diálogo con Dios con todas sus facultades: sale de sí



al encuentro del Dios que ha salido también a su encuentro. Sus interrogantes son serenos, cargados de sensatez, como el marinero que valora como surcar el mar que tiene ante su proa. No es desconfianza: **es libertad responsable, para dar al ángel una respuesta plena, consciente y deliberada** a la propuesta de engendrar como hombre al Altísimo. Escudriña buscando las razones de la Esperanza que se le propone: la llegada del Mesías prometido. Y confía, porque no pide un signo para creer, aunque el ángel se lo ofrece:



«Mira, tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez (...) la que todos tenían por estéril; porque para Dios no hay nada imposible» (Lc 1, 36).

Y al escuchar: *«Para Dios no hay nada imposible»*, recuerda que también el patriarca Abraham fue invitado a salir de su tierra en su vejez, con la promesa de ser padre de un gran pueblo. Una promesa que la fidelidad de Dios ha cumplido en Israel y está a punto de ampliar con el permiso de María. Ella también siente que Dios la invita a salir de la tierra de una vida cómo la había imaginado junto a su prometido José. Y como el patriarca antepasado, confía y acepta esta salida que Dios le propone para ofrecer la sal de la salvación, que el Señor quiere brindarnos por medio de su Hijo Jesús. Así posibilitará **que el Mesías pueda sanarnos la herida del endiosamiento**, que nos tienta hasta desnortarnos, en la singladura de la vida.

Y responde a Gabriel: *«Que me suceda según dices»* (Lc 1, 38). María será virgen y madre: su virginidad es apertura total a la acción de Dios; y su ser madre, apertura plena a la salvación, para que la salida de Dios sazone, con esa sal, la vida de todos, si la acogemos en nuestro corazón.

Tras el momento que acabas de contemplar, retiras lentamente de tu rostro el catalejo. Quizás tus pensamientos se hayan quedado anclados en la convicción de que la salida de Dios es también una invitación a salir que también te dirige a ti, para que te desamarres de tus seguridades en esta Navidad. Él te propone acoger la sal de la salvación. Te la ofrece por medio del *«Hágase»* de María, para proteger tu acontecer de la corrupción del egoísmo que causa infelicidad. Y te plantea embarcarte a diario en su proyecto de Redención.

*Una **tempestad** en el **corazón***

SI acoges su sal, no eres el único al que la respuesta de María a Dios le ha zarandeado la vida. Unos metros más allá, en esta Playa del Ángel, encontramos dormido a José, el prometido de María. Ahora descansa fatigado por su trabajo en el taller. ¡Enfócalo desde tu posición y lo verás! Allí, próximo a la orilla, recostado sobre la arena, con su rostro orientado al Cielo **Está soñando y trata de interpretar el sentido de las palabras del ángel** con las que Dios también ha salido a su encuentro en su corazón.



Porque, desde hace semanas, el corazón de José arrostra la tempestad que ha causado, en su fe y en su futuro, la concepción divina en el vientre de María. José lleva el nombre del patriarca que soñaba e interpretaba los sueños, y que fue vendido por sus



hermanos. Y la inquietud que le ha dejado la nueva situación de su prometida, le tienta sentirse como el patriarca: traicionado por los que ama.

José —el patriarca—. fue llevado a Egipto por unos comerciantes y allí, como mano derecha del faraón, acabó reconciliándose después con su familia y siendo el valedor de su pueblo, para que los israelitas encontrasen el alimento necesario para sobrevivir al hambre que azotaba a la tierra de Canaán. Por medio del patriarca José, Yahvé cuidó a su pueblo una vez más, reiterándole su misericordia.

José, —el prometido de María—. «*que era justo*» (Mt 1, 19), permanece anclado en Dios: confía en sus promesas y responde a su fidelidad con la práctica de la Torá, la Ley que refleja la alianza divina con Israel. En su corazón confiesa cotidianamente la oración del Shemá Israel: «*Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón con toda tu alma y con todas tus fuerzas*» (Dt 6, 4-5). José está dispuesto a confiar en las promesas de Dios, aunque éstas resulten extrañas e incómodas. Y fiel a la Torá, elige cumplir el camino claro que le traza el mandato sagrado: repudiar en secreto a María, para no causarle un escándalo. Un camino doloroso, sí, pero que mantiene su fidelidad y protege la dignidad de su prometida. **¡Así de enormes son su honestidad con Dios y la ternura que José siente hacia María!**

Y a través del ángel, Dios responde a la fe sincera de José: «*No tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el Hijo que espera viene del Espíritu Santo*» (Mt 1, 20).

Y José confía una vez más, y con amor delicado recibe a María en su casa como un don de Dios. En la actuación de José se anticipa ya la verdad de las palabras que Jesús enseñará para explicar su misión: «*No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la ley y los profetas, sino a llevarlas hasta su plenitud*» (Mt 5, 17).

Así, **José acepta navegar en cada singladura mirando al Cielo**, sin cartas de navegación que le tracen el rumbo, sólo siguiendo el norte que la brújula de Dios le señala a su timón. Por los evangelios sabemos, que, en la travesía de su vida, habrá más días grises: sin viento a

favor y con nuevas tormentas, sin divisar la seguridad de la tierra firme. Su fe, esencial para la historia de la Salvación, camina hacia adelante y se convierte en Esperanza para el nuevo pueblo de Dios, que será toda la Humanidad. Y la ternura que Dios tiene con José está escondida en el mandato revelado: «*Dará a luz un Hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de los pecados*» (Mt 1, 21). José impondrá el nombre al Hijo del Altísimo, cumpliendo la función esencial del padre entre los judíos: imponer el nombre al hijo, más allá de su generación física. Al circuncidarlo, le llamará «Jesús», que significa «*Salvados por Dios*».

Mirando como José despierta y se acerca aliviado y alegre a María, quizá también tu corazón haya comprendido que **la Fe nos descubre, con nueva luz, el sentido de las cosas y de las relaciones que vivimos**. En esta travesía de la Salvación, con su cabo, Dios ha amarrado fuerte las vidas de María y de José, para que naveguen juntos, rumbo a la Redención, por su Mar de Amor «en salida», surcando aguas distintas a las que imaginaron. Así, como ellos, tú entenderás que acoger la salvación no significa arrumbar siempre por aguas conocidas y seguras, sino tener la disponibilidad para que los golpes de timón del Señor viren, a babor o a estribor, la proa de tu vida hacia un rumbo mejor, que no imaginabas. Que esta Navidad, el acoger la claridad de su salvación te oriente para surcar la mejor travesía para tus días. Porque **las promesas del Señor son siempre esperanza de vida nueva y abundante**. Y ahora retirémonos para no interrumpir el gozo que sienten María y José, en la orilla de este Mar de Amor «en salida» que es Dios.





Salando la Villa del Cura

DESEMBARCADOS, como estamos, en tierra firme, antes de hacernos de nuevo a la mar del belén, nos adentramos hasta la aldea de Ain Karem. Es un conjunto de casitas blancas, rústicas, pobres, sencillas, sin apenas decoración; como son también las gentes que las habitan. Preguntamos a los vecinos dónde está la «Villa del Cura». Con este nombre lleno de sorna, mitad rimbombante, mitad popular, se conoce entre los empadronados en esta pedanía a la casa del anciano Zacarías, que pertenece a una familia sacerdotal que presta su servicio en el Templo de Jerusalén.

— «Suban ustedes la calle por entre esas dos casuchas hasta la fuente. Si guardan silencio al caminar, el gorjeo del agua les guiará. Allí encontrarán al viejo sacerdote».

Y la «Villa del Cura» es como las demás: con una fachada un poco más cuidada, pero sin lujos. A sus puertas, junto a él, está Isabel, su mujer. Ella, ya entrada en años para alumbrar una nueva vida, está embarazada, y es la comidilla de todas las vecinas que acuden a la fuente para llenar sus cántaros o lavar en sus aguas alguna túnica:

— «¡Mira que quedarse preñada a su edad!», comenta una jovencita sin hijos, con cierta envidia.

— «A estas alturas de la vida va a criar un nieto, más que un hijo», sigue otra la chanza.



Las mujeres de la aldea ya la consideraban estéril, toda una desgracia para una esposa israelita, donde todo su papel consiste en traer al clan familiar nuevos miembros del pueblo elegido. **De un matrimonio mayor ya nadie espera que tenga descendencia.**

Las más cotillas del lugar cuentan que su marido se quedó mudo porque desconfió del anuncio que recibió del Altísimo sobre su futura paternidad, la semana que estaba de turno en el Templo de Jerusalén, cuando entró solo en el «Debir», el lugar sagrado donde presentaba las ofrendas.



- «¡Nada menos que un anuncio por boca de un ángel de Yahvé! ¡Vaya aires de superioridad!», critica con ironía una de las más resabiadas.
- «Que sí, que sí: que lo sé yo. Que me han contado de buena fuente que el mismo Zacarías lo explicó escribiendo en una tablilla que usa ahora para comunicarse», le contesta otra haciéndose la enteradilla.
- «¡Quién se ha creído este hombre que es! Será todo lo sacerdote del Templo que quiera, pero de los pobretones. Y eso no me da muy buena espina», insiste la primera, que no se apea del burro. «A ver si su hijo le devuelve la voz cuando nazca».
- «Dios lo quiera -tercia el marido de la segunda mujer, entrando en la discordia-. Si ha hecho un milagro una vez, bien puede hacer otro después. Si no, ¿cómo va Zacarías a ponerle el nombre a su hijo y a educarlo en la fe y en las tradiciones de Israel para que sea un judío fiel a Dios y un hombre de provecho para su pueblo...?».

Pero en la aldea, la única buena fuente es la que está ante la casa de los futuros padres. Y, a pesar de las habladurías, el alegre chorrear de su caño es un símbolo **del júbilo que inunda, la casa de Isabel y Zacarías por el hijo que ya vendrá pronto**. Se sienten bendecidos por el Altísimo.

Ajustando mejor el enfoque de nuestro antejo, descubrimos que hay una tercera persona: una mujer, que acompaña al matrimonio. Como en la escala anterior de esta Travesía de la Salvación por el belén parroquial, nos quedamos a cierta distancia y descubrimos que es... ¡María!, su prima, la futura madre del Salvador. Desde los anuncios divinos vividos por ambos, María y José empiezan a comprender que Dios quiere que salgan juntos para que Dios pueda ofrecer, incluso antes del nacimiento, la salvación que traerá el Hijo que María está gestando en su vientre por obra del Espíritu Santo, y que ambos esperan con tanta ilusión, como Isabel y Zacarías al suyo. Y que, para llevar esta salvación, **lo de «amar en salida» como el Altísimo, para servir a los demás, no es sólo una metáfora, sino algo literal**.



Así las cosas, tras conocer el embarazo de Isabel por el anuncio del ángel, respaldada por José, María decidió acudir a casa de su prima, que estaba ya en sus sexto mes de gestación, para servirla y ayudarla, y para compartir la alegría del estado de buena esperanza de ambas. Si nos fijamos un poco, veremos la explosión de gozo en el rostro de las dos mujeres, que comparte también Zacarías desde su sereno silencio.

En la fe del pueblo elegido, la bendición a Dios es una acción continua en su vida: hay una bendición para cada cosa. Y todo israelita piadoso recitaba al menos unas cien bendiciones diarias, para que toda su vida fuera una liturgia de alabanza a Yahvé. También María oraba cada día elevando sus bendiciones: tan pronto se despertaba, alababa a Dios por no pagana, por no ser esclava y por el hecho de ser mujer, con estas palabras: **«Te bendigo porque me has hecho según tu voluntad»**. Así daba cotidianamente su «amén» a la voluntad de Dios.



Atentos a la escena que acontece en Ain-Karem, no nos tiene que extrañar que, al ver llegar a su prima, Isabel, llena del Espíritu, levante la voz para alabar a Dios, bendiciéndola, al tiempo que acaricia con adoración el vientre ya algo abultado de María:



— *«¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto que llevas en tu seno!», proclama, al tiempo que se siente un poco indigna de que María, que traerá al mundo al Mesías tantos siglos esperado, venga a su casa para convertirse en su servidora: «¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme?», se interroga.*

Después, Isabel le explica a María lo que le acaba de ocurrir a su llegada:

— *«Porque cuando oí tu saludo el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno», le confiesa. Y añade resaltando la fe de su prima: «¡Dichosa tú que has creído!».*

Y **María comprende que su visita y la de su Hijo es una bendición**, e inspirándose en el canto de Ana, la madre del profeta Samuel, se une a las bendiciones proclamadas por Isabel:

— *«Proclama mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso. Su nombre es santo y su misericordia es eterna con aquellos que le honran».* (Lc 1. 47-50)

Cuando se obre el milagro que deseaba uno de sus vecinos, a Zacarías se le soltará la lengua al poner el nombre de Juan a su hijo, para que sea «profeta del Altísimo» y anuncie la salvación. Entonces, él entonará también sus palabras de bendición:

— *«Bendito sea el Señor, Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo. Nos ha suscitado una fuerza salvadora (...) como lo había prometido desde antiguo por medio de sus santos profetas. (...) Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará un sol que nace de lo alto, para iluminar a los que están en tinieblas y en sombra de muerte. Y para dirigir nuestros pasos hacia el camino de la paz».* (Lc 1. 68-70; 78-79)

Donde está la bendición de Dios, todo queda anegado por la alegría que conlleva. La visita del Mesías ha desbordado, aún más si cabe, el júbilo en la Villa del Cura, que ahora se ha convertido, sin duda, en **la Villa de la Bendición**.

Ojalá que, contagiado por el gozo que contemplas, te brote el deseo de **poner tu vida bajo el signo de la bendición de Dios**. Entrégale la bitácora de tu día: todo tu corazón y tu tiempo; lo que haces, lo que sientes, lo que piensas y lo que decides; adónde vas, cuándo y cómo respondes a otros y enfrentas los retos por los que la vida te lleva a navegar, rodeado en todas direcciones por el Mar de su Amor «en salida». Piensa en tantas personas y cosas que te suceden, que han sido y son una bendición para tu vida. Agradécele a Dios el don de su presencia y bendice ahora al Señor con las palabras que María reza cada mañana: *«Te bendigo porque me has hecho según tu voluntad».*





Desembarco en la Costa de la Vida

DESCENDIENDO por la ruta que trazaron nuestros pasos al subir hasta Ain Karem, alegres y bendecidos por la escena que acabamos de vivir, hemos vuelto a embarcar. Desplegamos las velas y las orientamos para coger desde popa el viento del Espíritu. Y nos hacemos a la mar, con la proa dirigida hacia una nueva escala en esta Travesía de la Salvación. **Firmes en el timón, rumbo a la Costa de la Vida**, surcamos el inmenso Mar de Amor «en salida» que es Dios. Porque, como habrás comprobado ya, el mar que simboliza el Amor de Dios inunda el nacimiento parroquial. Este Amor es el que da sentido a todo lo demás.

Desde hace horas, los ojos de nuestro vigía, encaramado en la cofa del palo mayor, otean en la noche la línea del horizonte. Buscan alguna señal que nos indique el lugar donde anclar nuestro velero. «¡Luz a la



vista!», grita al fin tras divisar el titilar rojizo de una pequeña lámpara, que nos señala que estamos frente a la Costa de la Vida. Fondeamos nuestro navío en la bahía porque, **para acercarse a la orilla del Misterio, es necesario empequeñecerse** y tomar un bote. Remamos suavemente sin romper el silencio nocturno y al final nos dejamos llevar por las olas de la ternura de Dios que nos acunan con su ir y venir, casi hasta pisar de nuevo tierra sagrada.

Ante nosotros se abren los maderos de un chamizo. Es el Portal del Niño. No había en Belén otro lugar para refugiarse. Con esto del empadronamiento ordenado por el emperador, la posada y aun las casas de particulares estaban atestadas de propios y extraños, que habían llegado a la ciudad de David para cumplir con el mandato romano. Y allí, en una esquina se han aposentado María y José. «*Un silencio sereno lo envolvía todo. Y al mediar la noche su carrera, tu Palabra se avalanzó*» (Sab 18, 14). Nuestros ojos se han humedecido por **la emoción de contemplar cara a cara al mismo Dios, que se ha hecho uno de nosotros** en el Niño Jesús. Su padre lo sostiene entre sus brazos que, extendidos, nos lo tienden como una ofrenda, mientras María acomoda el pesebre como cuna.

Así es la salida de Dios en Jesús: «*Siendo de condición divina, se ha despojado de su grandeza. (...) ha tomado la condición de sirviente y se ha hecho semejante a los hombres. Y en su condición humana, se humillará a sí mismo, se hará obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*» (Flp 26-8), para ofrecernos la Redención. **Es la lógica de la Encarnación.**



Dios se ha
hecho historia en
un tiempo y en
un lugar
determinados.
dentro de un
pueblo concreto:
el de Israel. Dios
ha salido en
busca de los
hombres y las
mujeres que
poblamos esta
«Casa Común»,
que es la Tierra.

**En la ternura
del Niño Jesús.**

**Dios se ha
abajado:** ha
venido en
persona para
hablarnos de Él.
ofrecernos su
Amor y
mostrarnos el
camino por el
cual es posible
salir a su
encuentro y
alcanzarlo. **Dios
desciende y se
expresa en un
lenguaje
humano.** Por
medio de la
humanidad plena
de Jesús
conocemos que
Dios sale a
nuestro
encuentro para
ofrecernos la sal
de su Salvación.



Así, en Jesús, Dios es nuestro Redentor. En el Niño de Belén, **Dios se ha vinculado a nosotros con familiaridad para rescatarnos, consolarnos y darnos una vida plena** y abundante. Desea salvarnos de los enemigos que nos impiden ser felices: viene en nuestra ayuda, está de nuestra parte. Desea colmarnos de gozo y de favores. En esta proximidad de Dios a nuestra vida está nuestra riqueza. Y este conocimiento íntimo del Amor que Dios nos tiene, nos conmueve, nos transforma y cambia la vida de todos en la Tierra.

Pero, **acoger al Dios que sale y quiere salvarnos exige el proceso de hacernos pequeños** como Él: sencillos y humildes de corazón, navegando por un rumbo que nos acerca a Jesús., para recibir el descanso y el alivio que da el descubrir la familiaridad de ser Hijos de Dios. Sólo Él es capaz de sanar y sosegar las tempestades las dificultades de la vida, que azotan nuestro corazón. Por eso, nos invita a salir para ir a Él. Nos quiere cercanos a Él, que nos sintamos bañados, de pies a cabeza, por el Mar de su Amor incondicional.

Este encuentro con Dios, nuestro redentor, y con la profunda renovación del corazón que conlleva, **no se realiza sin nuestra libertad**. Como ocurrió con María y con José, exige nuestra confianza en Él: la decisión de abrirnos a sus palabras para adherirnos en plenitud a Jesús, ahora Niño, que viene a liberarnos y rescatarnos, acogiendo **el inmenso don de la dignidad de hijo de Dios**.

Mirando en derredor, observamos que hasta este Portal en la Costa de la Vida se han acercado unos pescadores del lugar, que han salido también atraídos por la lucecita de la lámpara que parpadea junto al



buey. En la penumbra que deja este tenue resplandor, sus ojos curiosean hasta descubrir a la joven pareja con su hijo. Y entonces, movidos por la sabiduría de la fe que habita en su corazón, también se abajan para adorar al Niño Dios.

Su gesto nos recuerda que, como hombres y mujeres, **que somos imagen y semejanza de este Amor divino que se abaja**, también nosotros podemos revelar, a través de nuestra humanidad plena, la salida amorosa de

Dios, y ofrecer a todos la sal de su Salvación. Es la lógica de la Encarnación: Cuanto más nos dejamos empapar por el agua de este Mar de Amor que es Dios, más plenamente humanos somos. Y cuanto más completa sea nuestra humanidad, más reflejaremos ante los demás la misericordia de Dios, al estar creados a imagen y semejanza suya. Por ello, como Jesús, estamos llamados a ser portadores, para otros, de esta Buena Noticia que llena de plenitud la vida.

En el Portal del Niño, esta Salida de Dios, hecha carne sólo por Amor hacia cada uno de nosotros, se convierte en un susurro, una confidencia al corazón de manera concreta en la vida de cada persona. Seguro que tú también estás conmovido por lo que acabamos de experimentar y ya no necesitas más palabras: **sólo el silencio para meditar y guardar en el corazón lo vivido, como hace ahora y hará María toda su vida**.





Por el Malecón de la Salina

CAMINAMOS por la orilla de la Costa de la Vida y nos distanciamos algunos metros del Portal del Niño. Nos alejamos físicamente, porque en nuestro corazón permanece la intensidad del Amor vivido en el Encuentro con este Dios abajado y humanamente cercano en Jesús. Un amor que permanece siempre a nuestro lado. **Recordar es un acto religioso** porque hacemos memoria de las maravillas que Dios ha hecho cuando oramos. Y recordar así es un memorial que actualiza la misericordia divina sobre nosotros, nos libera y nos permite descubrir en la vida las semillas de un futuro más pleno, que Dios sueña para todos. Por ello, ciertamente, la fe es un encuentro que cambia la vida.

Con estos gratos pensamientos, el silencio del Misterio se va tiñendo de bullicio: creciendo por momentos, a medida que nos vamos aproximando al Malecón de la Salina. Y allí nos encontramos, en pequeños grupos salpicados sobre la arena a los hombres y mujeres que, en nuestro nacimiento parroquial, viven del mar.



Para el pueblo de Israel, el mar simbolizaba todo lo malo. Quizá por ello, cuando el Niño de Belén sea adulto mostrará, andando sobre las aguas o calmando con autoridad el oleaje que sacude la embarcación de sus discípulos en medio de la tempestad, que **el Amor de Dios tiene más fuerza que el mal**.

Con las barcas varadas en la orilla, dos pescadores, con muchos días de navegación, a juzgar por su aspecto, están reparando las redes. Son gente sencilla que, cada día, llevan a duras penas lo necesario a sus hogares al volver de la mar. No tienen una vida fácil: pasan mucho tiempo lejos de sus seres queridos, con un trabajo lleno de dureza y no exento de peligro. Pero saben que el mar es fuente de bien y de vida. Y así echan una y otra vez las redes a los lados de sus barcas para sacar el pescado con el que tantos se alimentan por estas tierras. No en vano, dicen, son también criaturas de Dios que Él puso en nuestras manos para que pudiéramos alimentarnos y vivir. Hasta el mismo Jesús, en su misión multiplicará los peces junto a los panes, para dar de comer a la muchedumbre que le seguía durante toda la jornada, porque ya era tarde y sintió compasión por ella.





En nuestro belén parroquial, **los pescadores son el pueblo sencillo** que, con su confianza puesta en Dios, siguen esperando la llegada del Mesías prometido por Yahvé. Quizá por ello, cuando Jesús inicie su anuncio del Reino como enviado de Dios elija de entre ellos, en las orillas del Mar de Galilea, a sus primeros discípulos: Pedro y Andrés, Juan y Santiago; dos parejas de hermanos que, al convivir muchas horas en la mar, sabían lo que era el amor recíproco, que Jesús proclamará como su mandamiento nuevo. *«Veníos detrás de mí y os haré*

pescadores de hombres —les dijo—. *Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron»* (Mt 4, 19). Y también a los pescadores es a los que un ángel les anunciará *«una gran alegría, que lo será también para todo el pueblo. Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»* (Lc 2, 10-12). Y como los de Galilea, envueltos por la Gloria de Dios, acudirán rápido hasta el Mesías, para ofrecerle lo bueno que sacan del mar.

Quienes también saben que el mar ofrece algo bueno son los trabajadores de la Salina, que da nombre al malecón. De él obtienen la sal, un producto de lujo, cuya utilidad principal en la antigüedad, además de desinfectar, era la de conservar los alimentos evitando su corrupción.

En nuestro nacimiento, como en el Evangelio, **la sal es símbolo de la Salvación que trae la salida de Dios**. Y como comprobarás su presencia en el belén es abundante, porque la Salvación que trae el Niño es ofrecida a todos. Él ha venido para salar y dar sabor con ella al mundo; y nos *«verterá una media generosa, colmada, remecida, rebotante»* (Lc 6, 36-38). **Esta sal, abundante en el Mar del Amor de Dios, es su compasión**, su misericordia, su perdón, siempre incondicional, para que no juzguemos, no condenemos, perdonemos y seamos *«compasivos como nuestro Padre es compasivo»*. Así pues, acoger la Salvación de Dios es reconocer que somos *«sal de la tierra»* para dar vida salando con la alegría del testimonio, y que *«al ver vuestras buenas obras, den gloria la Padre que está en los Cielos»*. (Mt 5, 13-16).



Con la llamada a ser para otros sal de la Salvación, nos sentamos alegres en este Malecón de la Salina de Israel. Sus rabinos afirman que **el Mar de Galilea es símbolo del justo**, pues recibe las aguas de las Fuentes del Monte Hermón y la deja correr a través del río Jordán. Acoge la vida —en él, la pesca es abundante— y la ofrece de nuevo; por eso está siempre vivo. Por contra, en las enseñanzas rabínicas, **el Mar Muerto es símbolo del impío**: recibe el agua del Jordán y no la devuelve; toma la vida y se la queda. Y se priva de cualquier tipo de vida condenándose al exceso de salitre y a la aridez. Contemplando el Mar de nuestro nacimiento parroquial, puede que te preguntes: **¿qué mar de los dos quiero ser yo?**





Guiados por el Faro de Belén

UNOS metros más allá, tras el almacén de sal, adivinamos las siluetas de lo que parece ser una caravana de comerciantes. Ajustamos el enfoque de nuestro anteojo para ver si podemos tener una vista más precisa. Y, ¡qué va...! Aunque la hilera de camellos cargados de arcas, que cabecean entre las onduladas dunas, podría llevarnos a pensar que son ricos mercaderes, corregimos nuestra apreciación al descubrir **las señeras figuras de los Magos de Oriente**.

Los tres llevan fascinados por el Cielo desde que eran niños, cada uno en su lugar de origen. Sus ojos han saltado por las constelaciones, vez tras vez, mientras crecían como mozalbetes. Sus padres siempre les dijeron que **las respuestas a las profecías que daban sentido a todo estaban en el Cielo**. Y que la sabiduría consistía en encontrarlas sin dejar de mirar a lo Alto, para guiarse hasta buen puerto, en la travesía de la vida.

Pero cuando descubrieron en el horizonte aquel fulgor potente, casi deslumbrador, dijeron que no habían visto jamás nada tan divino.



— «Debe ser tan hermosa como la luz que proyecta desde su cima el Zigurat de Babilonia, que visité hace años», exclama el anciano Melchor.

— «O tan majestuoso –añade el joven Gaspar– como el faro de la ciudad que los griegos construyeron en honor del Magno Alejandro, el macedonio».

— «Y alumbra desde tan alto como la Torre que los hombres construyeron en Babel para que su cúspide llegara hasta el Cielo, les diera fama y no se

dispersasen jamás. Así lo relatan los antiguos mitos judíos en sus Escrituras Sagradas», sentencia el más distinto de los tres, Baltasar, cerrando el rosario de exclamaciones.

En lo que los tres magos coincidían era en que hacía años que, **en busca de la sal que diera sabor y la luz que orientara con sabiduría sus vidas**, los tres habían conocido la profecía judía, que databa de los tiempos del glorioso rey David. Tal predicción anunciaba la llegada de un Mesías que sería llamado «*Hijo del Altísimo, reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin*». (Lc 1, 32-33) «*¿No tendría que ver aquél brillante fenómeno luminoso con el augurio israelita?*», se preguntaron. Y desde sus puertos de origen decidieron salir de su vida cotidiana y navegar por las dunas del desierto, siguiendo este resplandor.



convencidos de que, al descubrir qué lo causaba, acabarían recibiendo del Cielo la respuesta que daría sentido a todo, como les habían repetido desde la infancia.

Así pues, desde Oriente, una noche clara entre las arenas, **los tres sabios, que no se conocían entre ellos, acabaron descubriéndose embelesados por aquella Luz en el horizonte.** De esta manera, se convirtieron en una pequeña flota que navegaba tras el Misterio divino, siguiendo el mismo rumbo. O ¿acaso no merecía la pena seguir la Luz, pues la profecía mesiánica rezaba que el enviado sería «Hijo del Altísimo»?

Un hombre «Hijo del Altísimo». Y por si así fuera, al zarpar, los tres cargaron sendos cofres con obsequios para aquel extraordinario personaje. Melchor traía oro, porque no dudaba de que sería un rey, heredero «*del trono de David, su padre*», según anunciaba la Escritura judía. Por su parte, Gaspar portaba incienso para quemarlo y que, al ascender, su aroma adorase el origen divino del Mesías: la luz no podía tener otra procedencia. Y Baltasar llenó sus arcas con una especia muy valorada como calmante: la mirra, convencido de que, aunque rey de estirpe divina, el enviado sería un hombre, que también sufriría dolor como todos los seres humanos.

Tras muchas jornadas de singladura, una noche, bien entrada la madrugada, cerca ya del alba, pero con suficiente oscuridad para no perder el norte de aquella Luz divina, **los tres magos arribaron a la orilla de un inmenso océano.** Se sintieron, entonces, bañados por un cálido Mar de Amor, que no dudaron de que procedía del Altísimo; o quizá fuera el mismo Dios, que salía a su encuentro. Y en realidad, sus respectivas salidas de sus puertos de origen tras la Luz no habían sido otra cosa que un ajustar las velas de su libertad para poner proa hacia aquella respuesta de sentido que buscaban desde siempre.

Sumergidos en la inmensidad del amor divino observaron cómo la Luz seguida era proyectada desde la costa sobre las aguas por el Faro de Belén. Sí, la pequeña aldea de Belén de Efratá, a la que las Escrituras Sagradas judías no consideraban la menor entre las ciudades principales de Israel, porque de ella saldría el Mesías prometido por Yahvé (Miq 5, 2). Ahora se aclaraba todo el Misterio, al encajar bien todas las piezas del augurio judío.





Y ahí los tenemos, bordeando toda la bahía de esta Costa de la Vida, camino del chamizo donde el Niño Jesús, María y José, se cobijan del frío relente nocturno que trae la brisa marina. Cuando al fin arriben a puerto encontrarán un recién nacido en brazos de sus padre, quizá con algunos pescadores de la zona, que han salido también para adorar el Misterio. Contemplarán a Dios hecho hombre, que **los Magos de Oriente desearán que sea rey de sus vidas**. También le adorarán, le ofrecerán sus presentes y, emocionados, sentirán sus personas desbordadas por la Misericordia del Cielo.

Entonces comprenderán que **en lo pequeño nos baña el Mar del Amor de Dios**, al igual que los vastos océanos humedecen la tierra firme con los millones de pequeñas gotas que los ríos les regalaron generosamente con sus aguas, para que existiesen. Entenderán también que los humildes, los sencillos, los más frágiles serán los primeros en el Reino de los Cielos. El Reino que trae el Mesías con la sal de su Salvación, para sazonar la vida de

todos. Y asimismo, al regreso por otro camino **desearán salir juntos para repartir esa sal salvífica** que no es otra cosa sino es la experiencia del Amor de Dios «en salida».

Esta es la Sabiduría divina —sal sabrosa y luz orientadora— que responde y da sentido a todo desde el Cielo, para que naveguemos de claridad en claridad; y también la que nos ilumina desde la Tierra, al encarnarse en Jesús, ahora niño. Porque la vida del hombre no ha sido dejada de la mano de Dios, su destino no es la nada: sino que encuentra el sentido en vivir amando, unido a Dios, con una libertad plena. Una sabiduría que María meditará y guardará siempre en su corazón.

Contemplando la adoración al Niño de Melchor, Gaspar o Baltasar, quizá te convenzas de que **Dios mismo, con su eterno cariño, es el verdadero regalo que traen los Magos de Oriente, cada mañana del día de Reyes**. De las peticiones que incluyas este año en tu carta para ellos, quizás tengas que borrar otras luces -muy atractivas, sí; pero cegadoras- que no te dejan ver cómo salir a descubrir lo que es verdaderamente valioso, para sumergirse en la vida plena y abundante que te propone el Evangelio. Este año **aún estás a tiempo de mandar a los Magos tu carta**, que sin duda recibirán llenos de alegría, con el deseo de satisfacer tus peticiones.





Poniendo proa al Gran Nílo

A PROVECHAMOS la marea alta que nos han dejado todas las intensas escalas en la travesía del belén parroquial. Nos preparamos para abandonar las aguas de esta Navidad y zarpar hacia el tiempo ordinario, para crecer en sabiduría y gracia ante Dios, como Jesús, en su vida oculta en Nazaret. Nos arrumbamos hacia una nueva singladura de la propia vida, en el año que vamos a estrenar.



Pero cuando pensábamos que la mar estaba en calma, un nuevo golpe de mar obligará a virar el timón de la embarcación de María, José y el Niño. La furia y el miedo de Herodes a perder su poder, hace peligrar la vida del Niño de Belén. Está fuera de sí, pero es incapaz de salir como lo hace Dios. Como rey judío vive cerca del Mar de Amor que siempre ha sido Yahvé para el pueblo de Israel. Lee las profecías mesiánicas, sus expertos le ponen delante la evidencia del cumplimiento de la nueva y definitiva promesa de Dios; pero es incapaz de

comprenderla porque, en vez de salir, se encierra aún más en sí mismo, en su temor: pone su persona y sus intereses en el centro, y hace girar todo en torno a ellos.

De nuevo el pecado de endiosamiento. De nuevo, un hombre rompe la amistad con Dios. Y Herodes queda envuelto por la densa niebla de su amarga soledad; encalla en la esclavitud de su egoísmo, que le inmoviliza y no le deja navegar. De nuevo se rompe la concordia en la relación del rey con sus prójimos, que es sustituida por una crueldad insospechada. Y de nuevo causa el mal en la Creación, ahora haciendo trizas la vida de tantos pequeños inocentes y llenando de un dolor extremo el corazón de sus familias.

Así que, **otra vez, a la Familia de Nazaret le toca navegar mar embravecida por una nueva tormenta.** El oleaje que causa la maldad de Herodes les convierte en fugitivos, puede hacer naufragar la embarcación del Niño y llena de complicación su travesía por la Historia de la Salvación. La presencia del mal reta de nuevo a la fe de María y José, y desafía la pericia del Carpintero para pilotar en esta mar gruesa. Una vez más son llamados a salir de la seguridad de los planes hechos tras el nacimiento de Jesús. Y al acompañar al Mesías, en esta nueva salida, su amor manifiesta el carácter divino del Niño: Es Dios, nuevamente en salida, para ofrecer su amor

Desde nuestro navío enfocamos una vez más nuestro catalejo al horizonte, para atisbar el rumbo que toma el Hijo de Dios junto a sus padres. Si nos dejamos guiar por la fe, comprobaremos la sabiduría que encierra el refrán mariner: «A barco desesperado, Dios le encuentra puerto». Porque de nuevo **el tener anclada su confianza en Dios les salvará de los peligros** y les conducirá «*junto a aguas tranquilas*» (Sal 23, 3). Una ocasión más, en la que Dios acude al rescate y, de nuevo en sueños, revela a José su voluntad a través de un ángel: facilitará un camino para que el carpintero ponga a salvo a su familia: «*Levántate, toma al Niño y a su madre, huye a Egipto, y quédate allí hasta que yo te avise*» (Mt 2, 13). José escucha, confía y, con la fuerza



y serenidad que encuentra en la esperanza de que Dios tampoco ahora les abandonará. obedece y decide emigrar para ponerlos a salvo. Con las pirámides egipcias en el lejano horizonte de nuestro belén parroquial. María, con Jesús en los brazos, y a su lado su esposo José, ponen proa al Gran Nilo en Egipto, navegando con su mula por el Desierto del Sinaí.



Al narrar esta huida, el evangelista **Mateo presenta a Jesús como un nuevo Moisés**. Al igual que el libertador de los judíos esclavos en Egipto, el Hijo de María es perseguido y tiene que huir. Y una vez más, la Salvación, ahora ya no sólo para el pueblo de Israel, retornará desde el país de los faraones, cuando muera Herodes y pase la tempestad. *«De Egipto llamé a mi Hijo»* (Os 11, 1) había profetizado la Escritura. Así, la Misericordia de Dios, que se manifestará en Jesús, ofrecerá la Buena Noticia de una Nueva Alianza y la sal de «la Salvación, a toda la Humanidad.

Sí; a toda. Porque, contemplando esta escena, mecidos suavemente por la ternura del Mar del Amor de Dios, **es posible que pienses en tantas personas y familias que encaran la mar revuelta de sus propias dificultades**: viven exiliadas por sus ideas, su fe o su condición, son refugiadas lejos de su hogar por causa de las guerras o han emigrado de su tierra en busca de una vida mejor; familias divididas por enfrentamientos personales, rotas por el desamor o que sufren porque han perdido a alguno de sus miembros; familias con problemas económicos para sostener una vida digna, o que padecen incomprensión, marginación e incluso son desahuciadas socialmente. Puede que tu propia familia esté arrojando ahora una de estas tormentas.

La Sagrada Familia que, como ves, no era una familia sin problemas, puede comunicarte su fuerza, serenidad y paz interior si, como ella, colocas a Jesús en medio de la tuya. Y puede contagiarte la esperanza que necesitas para poner en el corazón tu amor «en salida» hacia otras personas y familias en



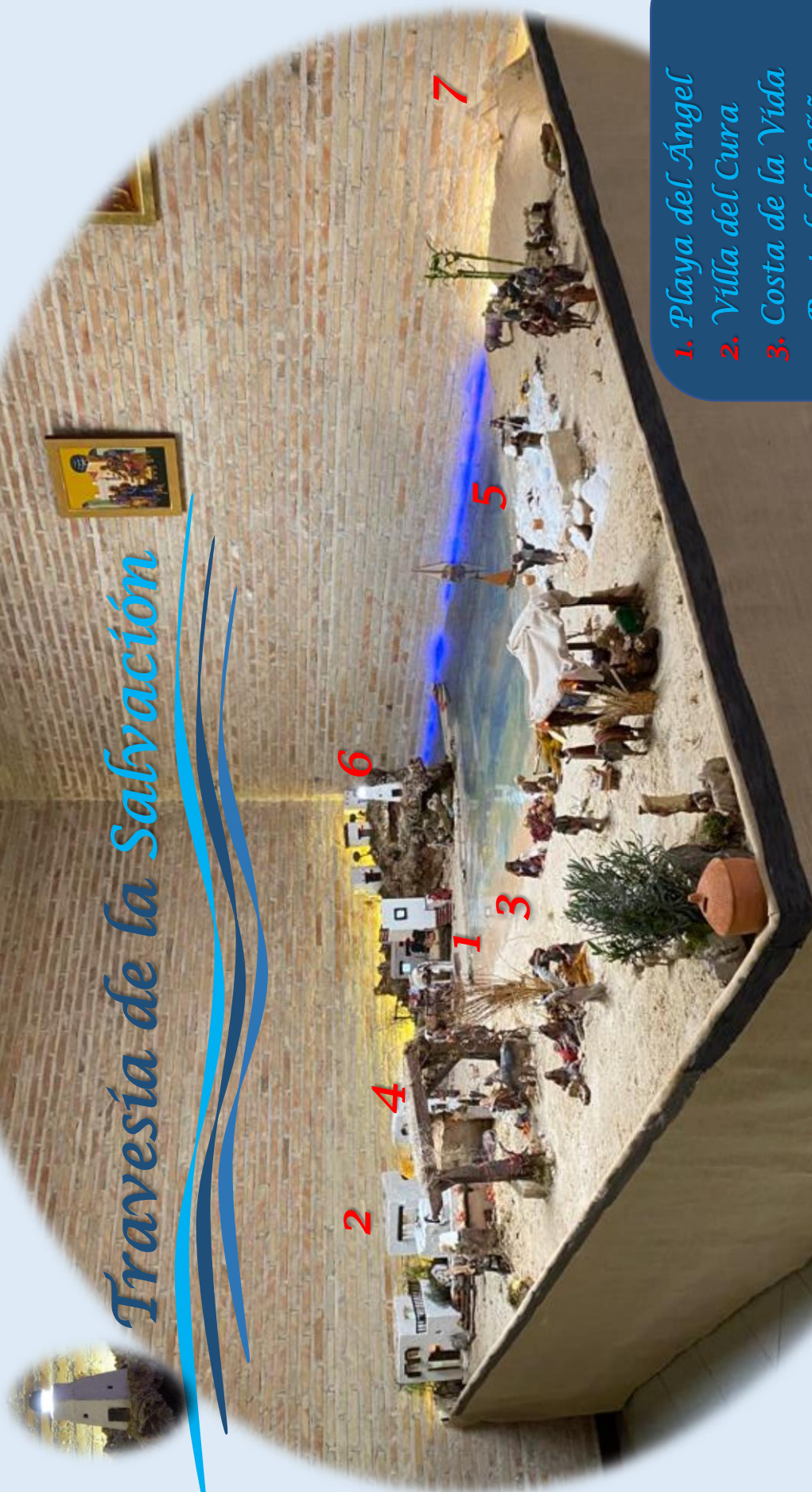
dificultades, y ofrecerles tu ayuda mediante la oración y la caridad. **«No deberíamos ser capaces de ver sufrir a nadie sin sufrir con él. Es un acto de amor que nos hace adentrarnos en el corazón de unos en otros»**, nos sugiere san Vicente de Paúl. Este año, actuar así puede ser un buen fruto de vida tras surcar la Travesía Navideña de la Salvación, en tu contemplación del belén parroquial.

Y para no desnortarte al timón, seguro que te ayudará el consejo que nos ha regalado Francisco, un viejo lobo de mar, que ha surcado muchos años los mares del sur. Quizás puedas enrolarte en la tripulación «en salida» que capitanea al frente de la barca de Pedro. En su cuaderno de bitácora tiene escrito este pensamiento: **«Los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás»**

¡Ojalá tengas **buena proa y viento en popa** cuando navegues **este nuevo año que Dios te regala!**



Travesía de la Salvación



1. Playa del Ángel
2. Villa del Cura
3. Costa de la Vida
4. Portal del Niño
5. Malecón de la Salina
6. Faro de Belén
7. Gran Nilo en Egipto

